

### VIII

### PASAJES

El otro día salí de San Sebastián á la hora de la marea. Tomé á la izquierda, á la extremidad del paseo, por el puente de madera sobre el Urumea, que se pasa pagando un cuarto. Presentóseme una carretera, la acepté por casualidad, y eché á andar, siguiendo por la montaña, sin saber á ciencia cierta donde me hallaba.

Poco á poco el paisaje exterior, que yo miraba vagamente, había desenvuelto en mí ese otro paisaje interior que denominamos ensueño. Tenía los ojos abiertos y dirigidos hacia mi interior, y ya no veía la naturaleza, sino mi propio espíritu. No podía decir lo que me hacía en ese estado á que sabéis estoy sujeto; me acuerdo solamente de un modo confuso que permanecí algunos minutos detenido delante una campanilla en la que iba y venía una hormiga, y que, en mi fantasía, aquel espectáculo traducíase en este pensamiento: Una hormiga en una campanilla. El trabajo y el perfume. Dos grandes misterios, dos grandes consejos.

No sé cuánto tiempo estuve andando así, cuando de pronto un rumor altísimo compuesto de mil gritos extraños me despertó. Estaba entre dos colinas con altas montañas por horizonte, y me dirigía directamente hacia un brazo de mar en el cual terminaba bruscamente el camino que yo seguía, á veinte toesas delante de mí. Allí, en el punto donde el camino se hundía en el oleaje, ocurría algo singular.

Unas cincuenta mujeres, alineadas en una sola hilera como una compañía de infantería, parecían esperar á alguno y llamarle y reclamarle, con formidables aullidos. La cosa me sorprendió extraordinariamente; pero lo que aumentó mi sorpresa, fué reconocer, al cabo de un instante, que ese alguno, tan esperado, tan llamado, tan reclamado, era yo mismo. La carretera estaba desierta, yo estaba solo, y toda aquella borrasca de gritos se dirigía verdaderamente á mí.

Me acerqué, y mi asombro subió de punto. Aquellas mujeres me lanzaban todas á la vez las palabras más animadas y expresivas:—*¡Señor francés, venga usted conmigo!*—*¡Conmigo, caballero!*—*¡Ven, hombre, muy bonita soy!*

Llamábanme con las pantomimas más expresivas y más variadas, y ni una sola avanzó hasta mí. Parecían estatuas vivientes arraigadas en el suelo, á las que un mago hubiese dicho:—Proferid todos los gritos, haced todos los gestos, pero no deis un solo paso. Por lo demás, las había de todas edades y de todos semblantes, jóvenes, viejas, feas, bonitas; las bonitas, coquetas y adornadas; las viejas, andrajosas. En los países rústicos, la mujer es menos dichosa que la mariposa de un campo. Empieza por ser desastrada; aquí acaba por esto.

Como hablaban todas á la vez, no entendía á ninguna, y pasé algún tiempo antes de comprender.

Al fin, algunas barcas amarradas á la orilla me explicaron la cosa. Me hallaba en medio de un grupo de bateleras que me ofrecían hacerme pasar el agua.

Pero, ¿por qué eran bateleras y no bateleros? ¿Qué significaba aquella obsesión tan ardiente que parecía sujeta á una frontera que no podía traspasar jamás? En fin ¿á dónde querían conducirme? Cuantos más eran los enigmas, tantos más motivos tenía para seguir adelante.

Pregunté su nombre á la más bonita; llamábase Pepa. Y salté á su barca.

En aquel momento divisé á un viajero que estaba en otra barca; cada uno por su parte corríamos peligro de tener que esperar mucho tiempo; reuniéndonos, podíamos marchar en seguida. Como yo había llegado el último, me correspondía unirme al otro. Dejé, pues, la barca de Pepa. Pepa puso mala cara; yo le di una peseta; tomó el dinero y siguió poniendo mala cara, lo que me halagó singularmente; pues una peseta, era, como me explicó mi compañero de viaje, el doble del precio *máximum* del pasaje. De este modo tenía el dinero sin el trabajo.

Entretanto nos habíamos alejado de la orilla, y bogábamos en un golfo donde todo era verde; la onda y la colina, la tierra y el agua. Nuestra barquilla era conducida por dos mujeres, una vieja y una joven, la madre y la hija. La hija, muy linda y risueña, llamábase por nombre Manuela y por sobrenombre la Catalana. Las dos barqueras remaban de pie, de delante atrás, cada una con un solo remo, con un movimiento lento, simple y gracioso. Ambas hablaban pasablemente francés. Manuela, con su sombrerito de hule adornado con una gran rosa, su larga trenza, trenzada y flotante á la espalda á la moda del país, su cuello amarillo brillante, su

saya corta, su jubón bien hecho, enseñaba los más hermosos dientes del mundo, reíase de continuo y era muy simpática. En cuanto á la madre, ¡ay! ella también había sido mariposa.

Mi compañero era un español taciturno, que, encontrándome más taciturno que él, tomó, como sucede con frecuencia, el partido de dirigirme la palabra. Empezó, no hay que decirlo, por apurar su cigarro. Luego se volvió hacia mí. En España, cuando termina un cigarro, empieza la conversación. Yo, como no fumo, no hablo. Jamás tengo el gran motivo que da principio á una conversación: el fin de un cigarro.

—Caballero, me dijo mi hombre en español, ¿lo ha visto usted ya?

Yo le respondí en español:

—No, señor.

Observad el *no* y admiradlo. Si yo hubiese dicho: ¿Qué?, lo que hubiera sido más natural, habría obtenido una explicación y probablemente hubiera tenido en seguida la clave de mis enigmas; mas yo quería guardar mi pequeño misterio el mayor tiempo posible, y me gustaba no saber á donde iba.

—En este caso, caballero, repuso mi compañero, va usted á ver una cosa muy bonita.

—¿De veras?, dije.

—Es muy largo.

¿Muy largo?, pensé. ¿Qué podrá ser?

El español prosiguió:

—Es la más larga que hay en la provincia.

—Bueno, dije para mí; la cosa es femenina.

—¿Ha visto usted ya otras?, me preguntó mi compañero.

—Alguna vez, respondí.

Otra respuesta del calibre de la primera.

—Apuesto á que no ha visto ninguna más larga.

—¡Oh! ¡oh! Podría usted perder.

—Veamos, ¿cuáles son las que ha visto usted, caballero?

La pregunta iba haciéndose más apremiante.

Yo respondí:—La de Bayona, sin saber de lo que hablaba.

—¡La de Bayona!, exclamó mi hombre. ¡La de Bayona! Pues bien, caballero, la de Bayona tiene trescientos pies menos que la de aquí. ¿La ha medido usted?

Yo respondí con la misma sangre fría:

—Sí, señor.

—Pues bien; mida usted ésta.

—Tal es mi idea.

—Se quedará usted maravillado. Un escuadrón de caballería cabría en una sola fila.

—No es posible.

—Tal como digo, caballero. Veo que el señor es un aficionado.

—Con delirio.

—Usted es francés, dijo mi hombre; y expansi-  
nándose, añadió:

—A buen seguro viene de Francia expresamente para verla.

—Así es. Expresamente.

Mi español estaba radiante. Me tendió la mano y me dijo:

—Pues bien, *monsieur* (y dijo la palabra *monsieur* en francés, con gran cortesía), va á quedar usted contento. Es recto como una I, está tirado á cordel, es magnífico.

¡Diablo!, pensé. ¿Acaso este lindo golfo tendría por prolongación una calle de Rívoli? ¡Qué amarga decepción! Huir de la calle de Rívoli hasta Guipúzcoa, y encontrarla puesta por mango á un brazo de mar ¡sería triste!

Entretanto, nuestra barca iba avanzando siempre. Dobló un pequeño cabo que una gran casa arruinada domina desde sus cuatro paredes agujereadas por puertas sin hojas y ventanas sin marcos.

De pronto, como por arte mágico, y sin que hubiera oído el silbato del maquinista, la decoración se cambió, y se me apareció un espectáculo arrebatador.

Un fondo de altas montañas verdes recortándose sus cumbres sobre un cielo resplandeciente; al pie de aquellas montañas, una línea de casas estrechamente yuxtapuestas; todas aquellas casas pintadas de blanco, amarillo, verde, con dos ó tres pisos y grandes balcones abrigados por la prolongación de sus anchos tejados rojos de tejas acanaladas; en todos aquellos balcones mil cosas flotantes, ropa blanca puesta á secar, redes, ropas encarnadas, amarillas, azules; al pie de aquellas casas, el mar; á mi derecha, á mitad de la cuesta, una iglesia blanca; á mi izquierda, en primer término, al pie de otra montaña, otro grupo de casas con balcones que terminaban en una vieja torre demantelada; naves de todas formas y embarcaciones de todos tamaños alineadas delante de las casas, amarradas bajo la torre, cruzando la bahía; en aquellas naves, en aquella torre, en aquellas casas, en aquella iglesia, en aquellas ropas, en aquellas montañas y en aquel cielo, una vida, un movimiento, un sol, un azul, un aire y una alegría inexplicables; tal era el cuadro que se ofrecía á mis ojos.

Aquel sitio magnífico y simpático, como todo lo que tiene el doble carácter de la alegría y de la grandeza; aquel lugar inédito, que es uno de los más hermosos que yo he visto y que ningún «tourist» visita; aquel humilde rincón de tierra y de agua, que sería admirado si estuviese en Suiza y celebrado si estuviese en Italia, y que es desconocido porque se halla en Guipúzcoa; aquel pequeño edén radiante, á donde

llegaba por casualidad, y sin saber á dónde iba, y sin saber en dónde estaba, se llama en español *Pasajes* y en francés *le Passage*.

La marea baja deja la mitad de la bahía en seco y la separa de San Sebastián, que, á su vez, se encuentra casi separado del mundo. La marea alta restablece «el Pasaje». De ahí ese nombre.

La población de aquel suburbio sólo tiene una industria, el trabajo en el agua. Los dos sexos se han repartido ese trabajo según sus fuerzas. El hombre en el navío, la mujer en la barca; el hombre en el mar, la mujer en la bahía; el hombre va á la pesca y sale del golfo; la mujer se queda en el golfo y «pasa» á todos los que un asunto ó un interés les mueve de San Sebastián. De ahí las bateleras.

Esas pobres mujeres encuentran tan raramente un pasajero, que ha sido preciso ponerse de acuerdo. A cada transeunte se habrían devorado entre sí y habrían devorado tal vez al transeunte. Así es que se han dado un límite que no traspasan nunca, y una carta que no violan. Es un país extraordinario.

Desde que sube la marea, conducen barcas hacia el sitio donde se inunda la carretera, y permanecen allí en las rocas, hilando la rueca y esperando.

Cada vez que se presenta un forastero, corren al límite que se han fijado, y cada una procura llamar sobre ella la elección del recién llegado. El forastero escoge. Hecha la elección, todas se callan. El forastero que ha escogido es sagrado. Se deja á la que lo tiene. El pasaje no cuesta caro. Los pobres dan un sueldo, los artesanos un real, los señores media peseta, los emperadores, los príncipes y los poetas una peseta.

Mientras tanto, la barca había tocado el desembarcadero. Yo estaba tan ofuscado del lugar, que arrojé presuroso una peseta á Manuela y salté á la orilla, olvidando todo lo que me había dicho el español y hasta

al español mismo, el cual, ahora lo considero, debió marchar con singular maravilla.

Una vez en tierra, tomé por la primera calle que se me presentó; procedimiento excelente y que os conduce siempre á donde queréis ir, sobre todo en las villas que, como Pasajes, no tienen más que una calle.

Recorrí aquella única calle en toda su longitud. Compónese de la montaña á la derecha, y á la izquierda de la fachada posterior de las casas que dan frente al golfo.

Aquí una nueva sorpresa. Nada más risueño y fresco que Pasajes visto desde el lado del agua; nada más severo y sombrío que Pasajes visto desde el lado de la montaña.

Aquellas casas tan coquetas, tan alegres, tan blancas, tan luminosas sobre el mar, sólo ofrecen, vistas desde esta calle estrecha, tortuosa y empedrada como una vía romana, altas paredes de un granito negruzco, agujereadas por algunas pocas ventanas cuadradas, impregnadas de las húmedas emanaciones de la roca, sombría línea de edificios extraños, sobre los que se perfilan, esculpidos en alto relieve, enormes blasones sostenidos por leones ó hércules y coronados por gigantescos morriones. Por delante son *chalets*, por detrás son ciudadelas.

Yo me hacía mil preguntas. ¿Qué es este lugar extraordinario? ¿Qué puede significar una calle blasonada de un extremo á otro? Calles semejantes sólo se ven en las ciudades de caballeros, como Rodas y Malta. De ordinario los escudos no se codean. Quieren el aislamiento; y tienen necesidad de espacio, como todo lo que es grande. Se requiere una torre para un blason, como toda una montaña para un águila. ¿Qué sentido puede tener una aldea blasonada? ¿Cabañas por delante, palacios por detrás, qué significará?